

**SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**19 de marzo de 2013**  
**Lc 2, 41-51**

A finales de la cuaresma y casi a las puertas de la Semana Santa, celebramos hoy, hermanos y hermanas, la solemnidad de san José. El evangelio que acabamos de escuchar nos lo ha presentado haciendo como *cada año* la *peregrinación* pascual a Jerusalén para celebrar la gran fiesta de la liberación de Egipto y de la alianza de Dios con el pueblo que se había elegido. El evangelista san Lucas, al que pertenece el fragmento proclamado, tiene un interés especial en hacer notar que la familia de Jesús era observante de las normas de la Ley, una observancia que era la respuesta de fe al plan amoroso de Dios manifestado en la alianza. Esta fidelidad a la voluntad divina era vivida en un grado eminente por San José, razón por la cual el evangelio lo califica de *hombre justo* (cf. Mt 1, 19), es decir, de *hombre que ama de corazón la ley del Señor* y *la vive noche y día* (cf. Sal 1, 2). San José, pues, con su esposa María y con Jesús iban en caravana a la Ciudad Santa de Jerusalén para celebrar la pascua, subiendo como Pueblo de Dios, siguiendo el ejemplo de sus antepasados en la marcha conjunta hacia en la Tierra Prometida a través del desierto.

La *peregrinación* de la Sagrada Familia conmemoraba, por tanto, la *peregrinación* de Israel que fue desde la esclavitud de Egipto hacia la Tierra Prometida, una *peregrinación* que la Sagrada Escritura llama éxodo, salida. Se trata de un momento fuerte de la historia del Pueblo hebreo, en el que se va constituyendo su identidad de fe y recibe las cláusulas de la Alianza con los mandamientos portadores de vida. El éxodo bíblico conlleva una vivencia muy intensa de la cercanía de Dios; de Dios que libera, que nutre, que acompaña y guía a su Pueblo hacia la liberación y la posesión de la tierra que había prometido a Abraham y a su descendencia. La ruta a través del desierto se transforma así en lugar de intimidad con Dios, en lugar de amor, de manifestación de la gloria divina. Con este contexto, en el corazón del hombre de fe que era José, debían tener una resonancia particular las palabras de los cánticos de la peregrinación a la Ciudad Santa: *qué alegría [...]: vamos a la casa del Señor...allá suben las tribus... a celebrar el nombre del Señor* (cf. Sal 121, 2.4) porque *el Señor ha elegido a Sión, ha deseado vivir en ella* (cf. Sal 131, 13). También Jesús subía con ahínco, anticipando la última subida cuando sufriría la pasión, para vivir su éxodo hacia el Padre (cf. Lc 9, 51).

El año al que hace referencia el evangelio de hoy, san José y su esposa se encuentran con que, celebrando la pascua judía, de alguna manera anticipan la futura pascua cristiana. José según la tradición antigua-, a causa de haber muerto antes-, no será testigo del misterio pascual de Jesús que ocurrirá en Jerusalén, mientras que María sí será testigo de la pasión y de la muerte en cruz, así como de la resurrección de Jesús *al tercer día*. Esta anticipación pascual es insinuada por el evangelista cuando explica que, de vuelta de la Ciudad Santa, tras *la primera jornada de camino*, José y María se dan cuenta que han perdido a Jesús; experimentan la angustia de la desaparición al ver que no iba *con otros de la caravana*, es como un dolor de muerte. Y empiezan una búsqueda ansiosa, deshacen el camino con un ansia que es más fuerte que el cansancio que experimentan. Y, finalmente, la ausencia, que era como un espejismo de la muerte, se vuelve presencia: *al tercer día*, sucederá en la mañana del domingo de pascua, encuentran a Jesús en el templo, cerca del *Padre*, tal como se lo dice él. Y la alegría vuelve en José y María, al igual que más adelante volverá en María y en los discípulos al constatar la vida nueva del Resucitado. En los episodios de la infancia de su hijo y en el hecho de quedarse en Jerusalén, San José junto con su esposa perciben algo del misterio de Jesús. Pero aún deben continuar avanzando

en el camino de la fe hasta la comprensión total. Por eso María y José deben continuar reflexionando *en su corazón* las cosas de su hijo (cf. Lc 2, 51) que les ha dado a entender que, por encima de la filiación suya, tiene otra filiación más alta, la divina, de la cual proviene la sabiduría que extasió a sus interlocutores del templo.

La cuaresma que estamos viviendo es para nosotros una *peregrinación* hacia la Pascua, ya bien cercana. Y la tenemos que vivir con el espíritu con que el pueblo de Israel vivió el éxodo, con el espíritu con que José y María subían a Jerusalén junto con Jesús. Porque la cuaresma, es tanto un tiempo de purificación interior para liberarnos de todo lo que es contrario a la alianza divina sellada en nuestro bautismo, como también un éxodo, un itinerario personal y eclesial que Dios transforma en un tiempo de intimidad y de amor para que, renovados, lleguemos a contemplar en los sacramentos pascuales el rostro deseado y glorioso de Jesucristo resucitado *al tercer día*. El itinerario de san José, meditando *día y noche* la Palabra de Dios (cf. Sal 1, 2) para hacerla vida, junto con su camino de búsqueda y de comprensión de Jesús, nos es un modelo y un estímulo para vivir con intensidad el tiempo que queda de cuaresma, hasta la alegría del encuentro pascual con Cristo glorioso cerca del *Padre*.

Hoy, en Roma, se celebra el inicio de pontificado de Su Santidad Francisco. Desde aquí nos unimos a él con la oración y con la comunión eclesial a su persona y a su servicio pastoral. En estos inicios, no nos dejemos llevar por algunas afirmaciones tendenciosas que hablan de una supuesta colaboración suya con la dictadura militar argentina; han sido bien desmentidas por testigos calificados de aquella situación. Al contrario, con docilidad al Espíritu Santo, acojamos las llamadas fundamentales que ya nos ha hecho el nuevo obispo de Roma: a reconocer, en el fondo del corazón y ante la gente, la gloria de Cristo crucificado, a construir nuestras vidas y nuestras comunidades eclesiales sobre la roca firme que es Jesucristo y a nutrirnos de la oración (cf. Homilía, 14.03.2013); las llamadas a experimentar la belleza de la realidad eclesial que es reflejo del fulgor de Cristo resucitado (cf. Discurso a los cardenales, 15.03.2013) y a construir una Iglesia más pobre y para los pobres (cf. Discurso a los periodistas, 16.03.2013); la llamada a ser testigos de la misericordia entrañable de Dios hacia cada persona (cf. Ángelus, 17.03.2013); la llamada a ser constructores de paz en un mundo lleno de violencias y custodiar la creación (cf. Discurso a los periodistas, ya citado). Es el camino de san Francisco, el pobrecillo de Asís, de quien el Papa lleva el nombre. Es el camino que, desde la gloria de Aquel al que recibió como hijo, nos invita a hacer San José, el carpintero de Nazaret y custodio de la Iglesia. Para recorrer este camino nos es dado ahora el sostenimiento de la Eucaristía.